



Eduardo Kingman y Blanca Muratorio
Los trajines callejeros. Memoria y vida cotidiana. Quito, siglos XIX-XX
 Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Ecuador, Quito, 2014, 244 págs.

El mundo de la cultura popular ha hecho parte, desde hace muchos años, tal vez desde siempre, de las preocupaciones vitales de Blanca Muratorio y de Eduardo Kingman. Ese es el lugar natural de sus preguntas, sus búsquedas y sus batallas académicas y sobre todo personales. Por esta razón los artículos que dan forma a este libro nos abren a las experiencias del mirar, escuchar, oler, tocar y sentir, a partir de las cuales los autores se acercan con placer y empatía a la pluralidad y vitalidad del mundo popular.

Los trajines callejeros. Memoria y vida cotidiana. Quito, siglos XIX-XX es una obra que reúne cinco ensayos escritos por Muratorio y Kingman. Los artículos están vinculados con diferentes investigaciones realizadas desde 1999 y tienen en común una mirada sobre la cotidianidad y los trajines callejeros como espacio vital de la cultura popular urbana. Más

allá de centrarse en estudios de caso concretos: oficios y comercio, buhonerías y cajoneras, albañiles o pintores de Tigua, que en sí mismos enriquecen la lectura de la ciudad, cada uno de estos artículos, y el libro en su conjunto, ofrece una discusión más amplia sobre los efectos de la modernidad, la modernización y la globalización en contextos neocoloniales y postcoloniales. Desde lo específico y localizado, los autores ponen en discusión prenociones y clasificaciones binarias sobre lo popular y las relaciones populares, la división campo-ciudad, la inserción de lo local en lo global, las relaciones entre valor de uso y valor de cambio, el barroco, dando contenido a nociones y conceptos fundamentales en el acercamiento a lo popular. A partir de ejes conceptuales y problemas contemporáneos, estas narrativas —como señalan los autores— se convierten en pliegues que dan cuenta de las formas en las que el pasado nos habita y nos desafía en el presente. Insisto en la fuerza conceptual de estos trabajos, pues sin ella se desplegarían meras visiones impresionistas y anecdóticas, memorias cómplices. El trabajo conceptual en torno al tema de los oficios y las prácticas nos lleva a aprehender procesos, vuelve inteligibles e interpretables relaciones, conflictos, juegos y tensiones insertos en una cotidianidad compleja. Un ejemplo de ello es el concepto de barroco-popular o la idea del barroco como pliegue, con el que se da matices y profundidades inéditas a este concepto, como modernidad alternativa. Esta idea se vincula también con otras propuestas en torno al barroco, pues este no aparece como hegemonía que neutraliza o incorpora la diferencia, sino como espacio de conflicto, de circulación de sentidos, en donde lo popular actúa, despliega tácticas y se manifiesta. O con aquella poderosa idea de los consumos populares, que permite volver relativo el poder avasallador de la modernidad y el

mercado que impone verticalmente formas de consumo y arrasa con las prácticas del hacer. Ese mercado es contestado, negociado y apropiado por usuarios con gustos que escapan a la pura determinación y con sentidos que desafían el orden de lo sensible.

Pero además de esta riqueza conceptual llamo la atención sobre la especificidad de cada artículo en cuanto a su 'puesta en escena'. Cada tema tratado, cada etnografía, es narrado y mostrado desde la especificidad requerida por la situación. En el primer artículo, "Oficios y Trajines callejeros", Kingman se acerca al Quito de la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX para mostrar la ciudad que escapaba a la mirada de los viajeros, quienes construyeron la imagen dominante del Quito de aquellos años. Apuntando a lo que esa mirada —marcada por el paradigma de la ciudad del progreso (p. 31)— ignoró, y evitando apoyarse en modelos coloniales, Kingman busca descubrir la vida social de Quito a partir del papel que la ciudad jugaba en su propio contexto. Complejiza así la poderosa imagen de la "ciudad letrada" de Rama (1984) para mostrar una ciudad formada también por los barrios, atravesados por fronteras étnicas y cuya población, en gran parte flotante, se dedicaba a oficios diversos y servicios. En un contexto de grandes cambios en el que el Estado busca implementar un proyecto civilizatorio sobre las costumbres, los tratos y las relaciones, el autor pone énfasis en el dinamismo y la creatividad de la agencia popular a través del intercambio en la calle, los consumos paralelos, y ese mundo "barroco popular" que se sugiere como un enriquecimiento del *ethos* barroco hegemónico que propone Bolívar Echeverría. El abrir la mirada a una "incorporación diferenciada" en oposición a un proceso de homogenización cultural, permite pensar en las posibilidades concretas de modernidades

alternativas, así como problematizar la lectura contemporánea sobre la memoria y la ciudad.

Es precisamente desde la idea de memorias alternativas que Blanca Muratorio aborda su ensayo sobre las cajoneras de los portales. Desde un lugar diferente al de Pilar Riaño, quien usa las biografías visuales para acceder a las formas de construcción del recuerdo y el olvido en las memorias de la violencia entre los jóvenes de Medellín¹. Muratorio apela a la construcción de biografías visuales para evocar otras experiencias sensoriales y acceder, desde allí, a las múltiples formas de la experiencia y la agencia individual y social en contextos de cambiantes políticas urbanas de exclusión. No se trata de una mirada nostálgica sobre prácticas culturales que son parte del inventario patrimonial, sino una lectura crítica que ilumina un mundo material en el que se despliega una cultura popular, a través de la cual se accede a relaciones, consumos, gustos, agencias y experiencias sociales. Es ese mundo material, y la vida social y cultural que lo rodea, el que está siendo anulado desde la reinención patrimonialista del pasado y la disneyficación de la cultura (117).

En "Etnografía e Historia visual emergente: el caso de las pinturas de Tigua", Muratorio reflexiona y propone una agenda de investigación a partir de su experiencia frente a un desafío clásico de la antropología, la traducción intercultural y los diversos problemas envueltos en la circulación y negociación de identidades indígenas. Desde la relación entre representación y museo, la autora propone una lectura alternativa de las pinturas de Tigua que se aleja de la visión dominante como ejemplo de pintura primitiva o naif. En relación con esas pinturas, Muratorio se

1 Pilar Riaño Alcalá (2006). *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín: Una antropología del recuerdo y del olvido*. Medellín: Universidad de Antioquia.

pregunta por la manera en que al ser representadas en exhibiciones, libros y catálogos, éstas contribuyen a construir los imaginarios sobre las personas que las pintan (158), quienes son consideradas de hecho como parte de ‘pueblos primitivos’. De la caracterización de las pinturas como primitivas se pasa a una caracterización antropológica de los pintores que cae en el ahistoricismo y el esencialismo cultural, lo que los ubica en un pasado en vías de desaparición, negando su agencia activa en el Ecuador contemporáneo y también, en el mercado global. Frente a esto Muratorio se acerca a las pinturas de Tigua como historias visuales a través de las cuales sus autores cuentan historias alternativas en torno a su identidad en un contexto de transformación y de agencia política. Se trataría de formas de “arte de la memoria”², por el que las tradiciones orales y prácticas cotidianas son resignificadas en el presente. En el último ensayo del libro, “Historia y memorias sociales: un coleccionista de presencias y evocaciones populares”, Muratorio vuelve a acercarse a la antropología de los objetos, a partir de una colección privada de retratos de niños. En su lectura profundiza en la pintura como escenario de producción y disputa de identidades sociales, valores y sentimientos (216). Al mismo tiempo incorpora, como parte de la interpretación, el papel jugado por el coleccionista en la elección y disposición de los cuadros, así como en la creación de una memoria social en torno a ellos. No se trata en este caso de una aproximación desde propuestas conceptuales a la cultura popular, sino de un ensayo más impresionista sobre las posibilidades de interpretación que pueden abrirse ante una colección de objetos y su circulación social.

En su ensayo sobre el gremio de albañiles, Kingman retoma un texto previamente escrito sobre el tema, para “permitir que el texto hable de nuevo” (p. 183) y enriquecer desde allí las reflexiones sobre vida cotidiana y cultura popular que dan sentido a esta obra. Gracias a largas y cercanas conversaciones mantenidas con dos miembros del gremio, el autor ha ido asumiendo la escritura de la historia del gremio de albañiles, la compleja interacción de factores raciales y clasistas en la conformación de los sectores populares de la ciudad y los desafíos que éstos enfrentan para ser reconocidos en el espacio de lo público. Pero en este ensayo se pregunta por los desafíos de esta escritura en relación con la memoria, y de allí con el presente; se pregunta sobre todo por los retos que envuelven al investigador en esa tarea. Kingman retoma los testimonios y los lee, así como Muratorio lee pinturas de Tigua, para descubrir en las historias alternativas las formas de agencia y de construcción de reconocimiento y prestigio, en un campo de disputa que en la ciudad contemporánea tiene que ver con las políticas de ornato y de patrimonio, así como con formas de discriminación. El trabajo de este autor procura, por un lado, acercarse a esas otras historias a las que nos abre la memoria social y que no aparecen desde el trabajo en el archivo y, por otro, proponer entradas conceptuales y categorías que surgen del trabajo de investigación concebido, en este caso, como una relación dialógica.

Sin ser su objetivo, el conjunto de narrativas que dan cuerpo a este libro proporcionan pautas claras respecto de la ética del investigador. Una ética concebida, como señala Muratorio, como ingrediente fundamental en una buena investigación etnográfica y que tiene que ver sobre todo con una sensibilidad que nace, como es evidente en

2 Fabian, Johannes (1998). *Moments of Freedom: Anthropology and Popular Culture*. Charlottesville: University of Virginia Press.

estos dos autores, del respeto fundamental hacia el entrevistado, pero sobre todo, de la capacidad que tienen de maravillarse con lo común y lo cotidiano.

Desde los fructíferos caminos que unen a la antropología y a la historia en torno a preguntas sobre la producción de sentidos en condiciones de transformación, estos artículos construyen narrativas abiertas que buscan despertar “otras lecturas posibles de la ciudad y de los espacios sociales” (11). En ese sentido, este es, ante todo, un libro político que activa otras memorias posibles en un contexto, como el de la ciudad de Quito, donde se ha tendido a homogeneizar y domesticar la ciudad en virtud de intereses concretos del capital inmobiliario y del turismo. Esta clara vocación política del libro busca develar los procesos de exclusión presentes en la ciudad, que han sido y son silenciados desde la naturalización y reificación de las culturas populares. Al mismo tiempo, los autores nos abren la posibilidad de acercarnos –en las narrativas e imágenes que despliegan– a la

profunda creatividad de una agencia social en constante construcción de significados y sentidos a través del escamoteo, la apropiación y la disputa.

Al apelar no solo a especialistas sino, sobre todo, a un público más amplio y diverso, este libro contribuye a un debate que, de manera urgente, nos debe movilizar, pues el discurso patrimonialista, el desplazamiento de sectores populares de los centros históricos, la construcción de estigmas para justificar procesos de exclusión, la manipulación de la memoria, se han legitimado en una población muchas veces ensimismada en el consumo y el espectáculo cultural. Llamar la atención sobre lo específico, sobre la vitalidad de la gente común dedicada a actividades extraordinarias, puede empezar a cambiar algunas lecturas y prácticas en relación con la ciudad.

Mireya Salgado Gómez
Historiadora y profesora, Universidad
Católica, Ecuador